

# EL RETORNO DEL CABALLERO ANDANTE



Mayor General  
ALVARO VALENCIA TOVAR

Orinoco arriba, a través de médanos sin fin que alternan su espejismo acuático con llanura solitaria y espacios de maraña selvática, pasajero en cualquier bongo seguido de voluminoso equipaje flotante, regresa don Antonio Nariño y Alvarez a su América nativa. Bien entrado en la quinta década de su vida - dura, intensa, amarga, gloriosa y trágica vida de luchador-

prosigue infatigable bajo los años y los golpes. El tiempo acentúa los rasgos viriles, el señorío caballeresco, el grave continente de quien lleva la grandeza consigo y de ella ha hecho el norte de todos sus pasos.

Desde Angostura ha escrito al Libertador breve misiva de saludo. Con ella abre un interrogante que parece decir: ¿qué guarda la Patria en for-

mación para quien fue su Presidente y General? Y Bolívar, otro compañero inseparable de la grandeza no tarda en responder con su vivacidad característica:

**“...ocupado en estos momentos de negociar paz con los comisionados españoles y de instalar el primer Congreso General de Colombia, las noticias y luces que V.S. puede suministrarme facilitarán el término de estas transacciones...”** Un paréntesis responde al interrogante. Espacio abierto que deja entrever una nueva cima para quien regresa de las honduras donde se han movido oscuramente sus años de presidio y de destierro.

El 31 de marzo de 1821, el mandatario que ocho años atrás enviase al joven Brigadier de la Unión recursos humanos y materiales para emprender desde Cúcuta la reconquista de Venezuela, se abraza con el caudillo, casi desconocido entonces, que iniciara con su auxilio el camino hacia la inmortalidad. Hay mudez y asombro en la llanura inmensa que sirve de escenario a aquel encuentro de gigantes. La vida inquieta y desbordante de aquella ciudad-campamento de Achaguas donde deviene el Ejército Libertador se inmoviliza por breve lapso, en admirado suspenso.

De allí sale el santafereño que había conocido claridades de gloria y lóbregueces de desastre, convertido en Vicepresidente de una República que sabe más de trajinar guerrero que de organización civil. Derrumbada duramente por la Reconquista, vuelta a

edificar en Boyacá, inicia jurídicamente en la lejana Angostura, se ha movido realmente a grupas del caballo de Bolívar, que desplaza consigo el poder político mientras la organización civil es apenas una sombra perdida en la Orinoquia. Se trata ahora de crear la nación sobre despojos de la guerra que aún avanza por la llanura, así se adelanten precarias conversaciones de paz, cuyo horizonte sigue siendo la batalla.

Nariño deja a sus espaldas aquella densa combinación de agua y tierra que es la llanura en plena estación invernal, y se adentra en el fragoso paisaje de la montaña, por caminos inverosímiles que quizá le hacen recordar aquellos otros de Pasto y el Patía, donde conoció el fulgor terrible del choque armado y el acre olor del combate, a la cabeza de un Ejército cuatro veces victorioso, evaporado luego cuando traspasaba el impreciso borde de la gloria, en las sombras de un infortunio que parece cobijar el recio andar de aquel incansable gladiador de la libertad.

En la Villa del Rosario se ensambla dificultosamente un Congreso sin quórum. No es fácil alcanzar la remota aldea desde todos los rumbos que caben en la estrella de los vientos, a lomo de cabalgadura, sin viáticos y con sueldos de papel que no hay cómo hacer efectivos en aquel iniciarse de una administración que sucede al virreinato en derrota. Allí aparece el Precursor como una sombra de la generación que se consumió en la guerra, y que retorna de la nada con el cargo

más importante de la República después del Presidente —Libertador— General en Jefe de los Ejércitos en campaña.

No era posible que el santafereño encajara en aquel ambiente de nuevos letrados, de hombres de derecho surgidos de la retaguardia mientras en las avanzadas se jugaba el destino de la patria en la más difícil, arriesgada y dura de todas las guerras. Nariño había sido autócrata por temperamento, por convicción, por presentimiento de su personalidad avasallante. En esto —y en muchos otros perfiles de su dinámica humana— se aproximaba a Bolívar en similitudes y coincidencias casi subconscientes. Por lo mismo, su figura aún poderosa en el crepúsculo de la vida, pero interiormente deshecha por males del cuerpo y del espíritu, resulta casi un anacronismo en medio de una generación surgida a la naciente política mientras él se consumía en las cárceles, y el ritmo de la vida se transmutaba a este lado del mar, en forma que ahora resultaba incomprendida para el Presidente de 1813, cuya voz de clarín movía a Santafé para derribar un Gobierno o enfrentarse a un ejército sitiador.

En este nuevo ambiente, donde los aprendices de políticos se ensayan deleitosamente en la lides de la polémica forense, de la dialéctica parlamentaria tan grata a nuestro ser tropical, hispánico y árabe, Nariño resulta demasiado avasallante. Y estorba, como toda personalidad fuerte en un mundillo de ambiciones individualistas y

de noveles aspirantes a figuración histórica.

Pero no es en el campo de la simple política, o de las diferentes concepciones sobre lo que ha de ser la nueva República, donde acaban chocando dos tendencias que desde los días de la Patria Boba buscan predominar en la institucionalización de la libertad. El discurso inaugural del Congreso queda por allí arrinconado, con una breve nota de secretaría en el Acta de la fecha. Se archiva asimismo el proyecto constitutivo de la República Equinoccial que el Precursor ha gestado en 27 años de esperanzas fallidas y sueños desbaratados por la adversidad. Cosas del viejo aquel que sigue viviendo de los recuerdos, se dirán los nuevos gestores de la juridicidad nacional.

Es en el campo galante, donde Nariño da el traspies que sus antagonistas esperaban para desatar la batalla que ya se preparaba en la tensión creciente de las relaciones entre el legislativo embrionario y el Ejecutivo autocrático que Nariño representaba a nombre de su amigo el Libertador.

El episodio no se aclara del todo en la realidad de su origen. La viuda del General English, legionario británico de las primeras campañas de la libertad busca, desesperada, una retribución a la muerte de su esposo al servicio de la libertad americana. Una peregrina más en aquella Villa del Rosario, pequeña de tamaño para albergar la grandeza del Primer Congreso General de la República que ha de llevar la aldea por segunda vez a las

páginas de la Historia, pero de adecuadas dimensiones para las minúsculas cosas que se adhieren inevitablemente a lo trascendental.

Algo ocurre entre la dama británica tocada de frigidez nórdica, y el santafereño solitario, ardiente en los últimos arrestos de una vida que se aproxima a su fin. Algo que interesa menos en sus reales incidencias humanas que en sus proyecciones sobre aquel Congreso con quórum de aproximación que el propio Nariño ha hecho posible.

Una verdadera tempestad se desata en el reducido cubo de aguas no muy claras. No tanto por el irrespeto, real o exagerado que la viuda del legionario extranjero lleva en bandeja de barro a los adversarios del Vicepresidente, sino porque otro legionario, el General D'Evereux, va a dar con su figura de estampa antigua a una mísera pieza convertida en prisión, por haber protestado en términos que Nariño estimó lesivos contra su elevada investidura.

El Congreso abre una pausa embarrucada a su difícil gestación de la Ley fundamental de la República y se lanza por caminos que la historia ha de repetir muchas veces. Nariño ha desafiado, como lo hiciera años atrás a la cabeza de su primer Ejército en Ventaquemada y Santafé, la majestad del Congreso en el que, como él mismo sentenciaría al instalarlo: "**reside la soberanía nacional**". En el enconado enfrentamiento, el Vicepresidente llega a tildar al Congreso de "**Cuerpo de Facciosos**" y, en éste, algún repre-

sentante fuera de sí clama: "**Que se deponga al Vicepresidente de la República por arbitrario y criminal**".

En una polémica de tal naturaleza entre los dos más altos poderes del Estado no puede haber vencedores ni vencidos. Quien recibe el daño es el Estado mismo, con no menospreciable lesión de prestigios individuales que la posteridad hubiese deseado recoger incólumes. D'Evereux termina en marcha hacia el Cuartel General del Libertador para un juicio que jamás se realiza. Y el Vicepresidente, con la salud en girones, declina la dignidad de que fue investido, para iniciar su marcha hacia el Cuartel General de la nueva república, escenario de sus viejas glorias, donde aspira a recibir en la penumbra de su vida, algo del resplandor que lo rodeó como cabeza del Estado y General de los Ejércitos republicanos.

A sus espaldas se discute encarnizadamente si el último honor ciudadano que le concede el pueblo por intermedio de sus representantes ha de serle negado, cuando 29 votos consagran a Nariño Senador por Cundinamarca. Su nombre que ya pisa los terrenos de la leyenda, impone respeto aún entre sus encarnizados enemigos. La dignidad le es refrendada por un voto, que habrá de quedar suspendido en su camino como un mudo signo de admiración ante las ironías de la vida. Un voto que marca en las oscilaciones pendulares de su destino, la posibilidad de haberse hundido en su propio crepúsculo tras densos nubarrones de miseria, sin ese postre-

destello de gloria en agonía, merced al cual, su voz habrá de alzarse nuevamente con espléndidas resonancias, para pulverizar en la nada la acusación que quiso hacerse contra un nombre que ya comenzaba a remontarse más allá de todo ataque y de toda pequeñez.

Así retorna el Caballero Andante de la revolución granadina, a la Patria que todo lo había recibido de él: salud, bienes, paz, amor, sacrificio, éxodos, prisiones, grandiosidad de pensamiento, conducción heroica en la guerra. Aparte de sus pocos, poquísimos amigos, tan solo del pueblo, de ese pueblo suyo que lo siguió con la ancestral avidez de caudillo que ha distinguido nuestra raza, recibió el Precursor de la Independencia conmovidas manifestaciones de solidaridad en su infortunio, haciendo verdad las palabras de su mejor biógrafo:

**"A los pueblos puede engañárseles en sus conceptos, jamás en su sensibilidad! Ellos otean a la distancia al hombre sincero que alguna vez conocieron y, vencido o vencedor, volverán hacia él cada vez que lo tengan delante de sí... el que nació tocado en su alma por el soplo ardiente y vengador que se requiere para hacer-**

**se observar, oír y amar de las multitudes, aquel no conoce nunca la definitiva prescripción"** (\*).

En esta ciudad de Cúcuta detuvo su fatigoso andar el viajero de tantas dolorosas peregrinaciones. Hasta su albergue en alguna casa desaparecida por catástrofes posteriores debieron llegarle simultáneamente las voces de lealtad y las estridencias de los ataques. Aquí reconstruyó precariamente su organismo en agonía, hasta reunir las fuerzas necesarias para continuar hacia su amada Santafé, cuyos aires transparentes habrían de devolverle suficiente dosis de vigor para sus últimas y ardorosas batallas.

Historia y geografía se unen así para conformar un solo escenario de humanidad y de paisaje, donde el retorno del Andante Caballero hubo de montar el penúltimo acto político de su inabarcable tragedia, antes de que el telón se descuelgue pesadamente sobre el cuerpo inmóvil, que en la soledad postrera de la Villa de Leyva, cobra ya la quietud perenne del bronce y de los mármoles.

(\*) Jorge Ricardo Vejarano: NARIÑO. Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. Bogotá 1945.